

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

consagrado á la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 534

Alicante 26 de Febrero de 1881.

Año XII.

EL CATOLICISMO

Y LAS CIENCIAS MEDICAS.

El Sentido Católico en las Ciencias Médicas, de Barcelona, ha publicado en su último número una Circular, cuyos párrafos principales insertamos con el más vivo placer, seguros de que lo experimentarán nuestros lectores con tan interesante escrito:

«Raras veces las revoluciones de los pueblos se limitan á las instituciones políticas; generalmente trascienden más allá, y no sólo eclipsan el buen sentido de las masas, tan desgraciadas por su ignorancia, si que contagian sus malos instintos á los hombres de ciencia, que embriagados como aquellos por el mosto revolucionario, no titubean en añadir nuevos tizones al voraz elemento, á fin de engrandecerlo y propa-

garlo por los dominios todos de la verdad.

Hoy no es, pues, la lucha política solamente la que tiene en suspenso la opinion pública; al lado de esa guerra tenaz á que se entregan los partidos, en el seno de todas las naciones, arde de un modo más vivo y temible la lucha religiosa que con pérfida malicia se ha dado en llamar *eminentemente científica*.

¡Ciencia ó fé; hé aquí, ha dicho un ilustre Dominicó, el formidable dilema que conmueve hoy al mundo!

Unos, orgullosamente, se llaman sabios; otros, con humildad, se dicen creyentes, los primeros, en medio de su *sabiduría*, agítanse violentamente entre millares de dudas para caer más ó ménos tarde estenuados, yertos, en brazos del acaso ó de la fatalidad; los segundos, fijos los ojos en la luz purísima de esa vieja Iglesia, que guarda el código inmortal de sus creencias, viven hoy

como vivieron ayer; para éstos en vano se suceden los siglos; como siempre, aman y esperan; de su espíritu no se borra la fé, que fué en otro tiempo grandeza y gloria de toda la humanidad.

Nosotros, católicos, y por lo mismo creyentes, que hemos tenido la dicha de preseneiar desde seguro puerto las innumerables tormentas que una tras otra han venido á desencadenarse furiosas en los ántes apacibles mares de nuestra ciencia, no podíamos permanecer tranquilos é indiferentes al ver que, haciéndose cada dia más potente la tempesta d, podria algun dia hacer presa de sus convulsiones á aquellos que, firmes todavía en los ideales purísimos que heredaron con la razon y la fé, continuaban desafiando el peligro, á semejanza de esas inmensas moles de granito que perforan el Oceano, al reposar tan seguras en los tiempos de bonanza como en los de su más terrible violencia (1). Convencidos de que los males todos que afligen á nuestra época provienen, en gran parte, de haber abandonado los hombres, especialmente los médicos, el derrotero franco y seguro que ha esclarecido siempre el refulgente luminar de la Iglesia Católica, hemos creído deber levantar nuestra voz á fin de alentar á los buenos y llamar

á los que, sin rumbo fijo, sin ideales verdaderos, sin principios ciertos, sin axiomas reconocidos, navegan hoy en la oscuridad buscando vanamente nuevas luces á través de tantas tinieblas, y decirles; hé aquí el faro que hoy siempre se destaca brillante en medio de las tranquilas aguas de un puerto seguro; los que lo reconozcan y alcancen, ellos lograrán la paz y la verdad; los que lo desechen y huyan, ellos perecerán en la lucha y el error.

Tres años, próximamente, van á cumplir, que llegamos al estadio de la prensa, aparejados, pues, para renovar nuestra profesion de fé científica, y tomar una parte activa en esa encarnizada lucha que divide hoy á las inteligencias.

Los más de nuestros compañeros, al persuadirse de que, siguiendo las sábias inspiraciones del inmortal Pio IX, abrigábamos el propósito de «volver y encaminar la ciencia médica á los principios de la sana filosofía, de la que tanto tiempo estuvo apartada» (1), creyeron ver en nosotros un enemigo sistemático y ciego de todos los adelantos modernos.

(1) Breve dado en 23 de Julio de 1874 á don Alfonso Travaglini, doctor en Medicina, con motivo de la aprobacion de la Academia Filosófica-Médica de Bolonia.

(1) Año II, núm. I, pág 4.

Por desdicha suya, y fortuna nuestra, han debido pronto convencerse de que, léjos de desdeñar nosotros los verdaderos progresos de la ciencia, los aceptamos con entusiasmo, por ser ellos un nuevo trofeo que ofrecemos al Dios, Señor de todas las ciencias, como testimonio de nueva victoria obtenida en la tenaz lucha que contra nosotros sostienen los partidarios del error... ¡No! Los siglos, ha dicho admirablemente el P. Ceferino Gonzalez, no pasan en vano sobre las ciencias, como tampoco pasan en vano sobre los hombres y sobre los pueblos (1); y se equivoca ó engaña inocentemente, quien suponga en nosotros una presuncion contraria.

No queremos, no, borrar siglos al tiempo y cerrar los ojos á la luz de los admirables descubrimientos que cada dia arrojan las inteligencias en su progresivo desarrollo.

No rehusamos, no, las legítimas consecuencias que verdaderamente nos ofrecen: las investigaciones de la anatomía patológica, el análisis químico, el exámen micrográfico, la experimentacion fisiológica, las aplicaciones de las ciencias físicas y naturales, la precision del diagnóstico, las exploraciones orgánicas... y tantos y tantos otros elementos que se nos aportan haciendo más fácil

nuestro estudio y más exacta nuestra ciencia. Lo que sí negamos y rechazamos con toda la energía del deber católico es el derecho que osadamente se arrojan cada uno de esos elementos de resolver por si los legítimos problemas de otras ciencias, especialmente los que pertenecen á la metafísica y sobre todo los que atañan á la ciencia de Dios.

No nos rebelamos, no, contra los hechos que la observacion atenta ó el debido experimento diariamente reunen; pero si que ménos ingratos y más justos con los génios de la antigüedad, debemos protestar vivamente contra ese inusitado afan de alejar á la juventud, como de un edificio cuarteado y ruinoso, del antiguo templo de la ciencia, haciéndole ver que los trabajos exclusivos del anfiteatro y del laboratorio, bastan para proscribir los estudios doctrinales y dar solucion á los más difíciles problemas de la ciencia de la vida.

Como hemos demostrado reiteradas veces, no somos, pues, sistemáticos en el modo de adquirir la verdad; ni absolutamente sintéticos, ni tampoco siempre analíticos; aplicamos uno ú otro método segun el premeditado fin de la demostracion. A semejanza de los escolásticos de la escuela de Santo Tomás, creemos de gran valor el testimonio de los sentidos en las cosas naturales y físicas, pero no nos valemos de él como úni-

(1), Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás, introduccion XXVII.

co criterio, por cuanto creemos que para constituir ciencia es preciso partir, siempre, de principios, los cuales sólo pueden adquirirse mediante la razón subordinada aquí, como en todo, á la fé.

Y no sólo somos escolástico-tomistas en el método; sómoslo igualmente en todos sus principios, considerándolos los únicos aptos para animar verdaderamente el cuerpo de nuestra ciencia. Así pues, no ha de ser nunca,—en Dios fiamos,—la *originalidad*, esa vana jactancia de nuestros tiempos, lo que seduzca nuestro espíritu; con entera franqueza y sin modestia de ninguna especie lo decimos, nada nos pertenece; en el orden especulativo como en el orden práctico, acudiremos siempre, como lo hicieron los más doctos varones de otros tiempos, las Universidades de París, de Salamanca, de Alcalá, de Douai, de Tolosa, de Lovaina, de Pádua, de Bolonia, de Nápoles, de Coimbra, y los mismos Concilios, á las doctrinas del Sol de Aquino en busca de luz, de consejo y de razones.

Consideramos al hombre como un *compuesto de materia y alma intelectual*.

Conforme á las declaraciones de los Concilios de Viena y Lateranense, bajo los pontificados respectivamente de Clemente V y Leon X y con las Letras al Cardenal Arzobispo de Colonia, en que se condenan por

Pio IX los errores de Gunther, creemos que *el alma racional ó intelectual es propia y verdaderamente forma del cuerpo humano*.

Reconocemos y seguimos, pues, como más sólida, segura y verídica, la doctrina del Santo Doctor, al decir que *el alma es el único principio de todas las funciones vitales que se manifiestan en el hombre*.

De ahí que las escuelas de Hipócrates, de Atheneo, de Wan-Helmont, de Montpellier y otras, que se empeñan en sostener bajo uno ú otro nombre un dualismo dinámico, sean á nuestro modo de ver, no sólo peligrosas, sino contrarias á las doctrinas católicas. Por grandes que sean sus esfuerzos, no han de librarse de ese justo dilema: esa fuerza ó esencia y por lo tanto superior ó inferior al alma intelectual, en cuyo caso la inferior estará siempre contenida en la otra como una de tantas formas, y entónces se viene á esa unidad que nosotros proclamamos, ó bien es propiedad de la materia, que es ni más ni ménos lo que con alguna lógica, siquiera, sostienen los modernos organicistas.

Desengañense esos vitalistas; en no admitiendo que es sólo la actividad del alma la que se extiende á todas las funciones de la vida orgánica, ha de aparecerse necesariamente como materialista vergonzante, pues es innegable que, bajo esa careta más ó menos disimulada de es-

piritualismo, se ocultan doctrinas esencialmente materialistas

Del dualismo dinámico al *Hombre máquina*, de Lametrie, podrán establecerse gradaciones más ó menos largas, pero al fin todo serán eslabones de una misma cadena, que empieza por un absurdo y termina por una aberración...

¡Unos sentaron las premisas, los otros han arrancado las consecuencias!

Que estas doctrinas se hallan en oposición con el dogma católico, no lo afirmamos nosotros; en las Letras al Obispo de Breslau, el Papa Pio IX, condenando los errores de Baltzer, dice; «La sentencia que profesa un principio sólo de vida en el hombre, es á saber, el alma racional, de la que recibe también el cuerpo el movimiento y toda vida y sentido, es generalísima, en la Iglesia de Dios; y de tal modo parece á muchos doctores preclarísimos unida con el dogma de la Iglesia, que el entenderla así es la única interpretación verdadera y legítima, que no puede, por consiguiente, ser negada sin errar en la fé.»

Es evidente que el principal error que ha dado pié al vitalismo moderado para forjar esas imaginarias concepciones, ha sido el considerar con Platon, Averroes, Pedro Juan (1),

(1) Las doctrinas de Averroes y Pedro Juan sobre la union del alma con el cuerpo,

Descartes y otros al alma, no como forma sustancial del cuerpo, sino unida á ésta como el motor á la cosa movida, ó, como han dicho algunos, como el piloto al buque que dirige; al hombre, en fin, como un compuesto accidental.

Sentado, pues, que no puede haber más que un sólo principio de vida, el alma intelectual, y que las distintas manifestaciones vitales de los órganos, no son otra cosa que formas inferiores contenidas en la superior, como el cuadrilátero está contenido en el pentágono, según la bella expresión de Aristóteles (2), es casi prolijo añadir como última declaración; que nos apartamos y combatimos los sistemas *mecánico* y *dinámico*, que hoy tanto halagan, no en manera alguna porque pretendamos considerarlos enemigos reconocidos de la fé, sino porque no vemos medio franco para conciliarlos con las doctrinas tomistas que reclamamos como piedras angulares de las ciencias médicas.

«Con semejantes sistemas,—dice el P. Cornoldi, que niegan la materia prima y la forma sustancial,—no se pueden explicar ni la union del alma con el cuerpo humano, ni las mutaciones sustanciales según

fueron condenadas como heréticas en el Concilio de Viena, siendo Papa Clemente V.

(2) *De Anima*, l. 3, t. 30 y 30 y SUMMA TEOLÓGICA, cuést. LXXVI, art. III.

las doctrinas del Santo Doctor. Profesar la enseñanza tomista amalgamada con cualquiera de dichos dos sistemas, sería evidentísima contradicción que originaría la mayor confusión en todo científico trabajo (1).»

Sintetizando en pocas expresiones los principios que nos sirven y servirán siempre de base á todos nuestros estudios, creemos deber decir con el sábio Obispo de Córdoba, que; «El animismo de Santo Tomás respecto del hombre, no solo es superior al vitalismo considerado ontológicamente y á la luz de los procedimientos *á priori*, sino que es preferible á éste y más filósofo que él, aun cuando se le considere *á posteriori* y en el terreno de las experiencias y de la observacion psicológica.»

¡Ojalá que nuestros compañeros al reflexionar sobre los sencillos fundamentos que acabamos de exponer, supieran tener el valor de arrancar el velo con que el espíritu de la época cubre su entendimiento, y á la vista de esta sociedad que nosotros más que ninguna otra clase hemos herido, agonizante en medio de los principios que hoy reinan, se hicieran cargo que no son más que cautivos en tierra extraña, y que Dios, siempre misericordioso, apiadándo-

(1) La Conciliación de la fé católica con la verdadera ciencia, traducción del R. Montaña, pag.202.

se de nosotros, háse servido de su Vicario en la tierra, para iluminarnos por medio de esa imponderable Encíclica *Æterni Patris*, providencial columna de fuego; que desvaneciendo toda clase de tinieblas, ha de conducirnos como á aquel pueblo de Israel tan querido, á la regeneracion cristiana y social, primero; á la tierra prometida, despues!

(La Fé.)

PERSPECTIVAS.

Vénzanse nuestros lectores, y lean hasta el fin la siguiente relacion que tomamos de *El Imparcial* acerca de un hecho de los liberales de allende el Atlántico que ya señalamos y estigmatizamos al recibir la primera noticia de él:

«Las repúblicas sud-americanas están grandemente conmovidas con una horrible ejecucion mandada hacer por el presidente Barrios, de Guatemala.

Segun las leyes de este país, los Jesuitas que despues de haber sido expulsados de la República regresan á ella, están condenados á muerte y son fusilados detrás de los muros de la prision, ó en medio de la plaza pública y á la vista del pueblo.

El P. Gilliet habia vuelto á Guatemala, no para ejercer su ministerio, sino para recobrar su salud. A

su llegada á Livingston, fué reconocido y arrestado y metido en la cárcel miéntras se esperaban órdenes, y el Gobierno dispuso que compareciera ante el tribunal.

Despojado de sus vestidos, hasta dejarlo poco ménos que desnudo, se le obligó á hacer el viaje á pié, una distancia de 100 millas á través de las montañas, miéntras que los guardias que le escoltaban iban montados.

La causa terminó con una sentencia de muerte, y cuando la noticia llegó al territorio británico de Honduras, donde el P. Gilliet era considerado como un hombre instruido y elocuente, millares de personas solicitaron del gobernador de Beliza que reclamase la persona del preso. El gobernador lo hizo así, pero todo fué inútil.

El lunes 17 de Enero fué conducido el P. Gilliet á una plaza, y delante de él colocaron el ataúd que se le destinaba. Dos regimientos formaban el cuadro, y detrás de los soldados se hallaba el pueblo silencioso y conmovido. Oyéronse tres redobles de tambor, un peloton de 20 hombres hizo fuego, y el P. Gilliet cayó sobre el ataúd, atravesado por 17 balas. Los soldados regresaron al cuartel, dejando 10 hombres encargados de retirar el cadáver.»

Barbárie pura: hé ahí el porvenir á que nos lleva y al que estamos ya tocando en Europa como en Améri-

ca, *la libertad y el progreso*, hé ahí el último término de *la civilización moderna*.

(*La Fé.*)

MOSAICO.

El magnífico obsequio que Sus Majestades envían á S. S. Leon XIII, agradecidos al regalo que hizo á la infanta heredera, consiste en un cáliz con su correspondiente patena, un copon, unas vinageras con su correspondiente bandeja y una campanilla, todo de oro con adornos ricamente cincelados, simbolizando todos los atributos de la muerte y pasión de N. S. Jesucristo, desde su entrada en Jerusalem hasta su muerte en el Gólgota.

El valor material de este regalo asciende á unos 10.000 duros, y la parte artística revela un valor considerable.

Dicha obra de arte está contenida en un hermoso estuche forrado de piel de Rusia con adornos dorados, y será remitido al Santo Padre en la primera estafeta que salga para la Ciudad Eterna.

CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy sábado, en la Colegial, á las ocho, misa de la Virgen.

En Santa María, como ya se anunció en el número anterior, continúa el Tríduo, que terminará por la tarde con la bendición de S. D. M.

En la iglesia de Agustinas á las tres y media de la tarde, ejercicio de felicitación sabatina á María Santísima, con exposición de S. D. M.

Domingo.—En la Colegial, empieza el solemne Tríduo en honor de Jesús Sacramentado. Se expondrá S. D. M. á las nueve de la mañana, reservándose al terminar el coro. La Misa conventual será á las nueve y media. Por la tarde se manifestará á las tres y cuarto, y acto seguido del Coro, se rezará el santo Rosario seguido del sermón, letanía y crédidi. Así se practicará los tres días, terminando el miércoles con la bendición del Santísimo Sacramento. Serán respectivamente oradores, el M. I. Sr. Abad Dr. D. José Pons, el Sr. Canónigo de la misma, D. Joaquín García, y D. Enrique Farach, sochantre de Santa María.

En San Roque, al toque de oraciones y después del Santo Rosario, predicará el citado Sr. Abad, como de costumbre viene practicando.

Miércoles.—En la Colegial, á las nueve y media, será la bendición de ceniza y misa conventual con sermón á cargo de D. Manuel Martínez, vicario de Ntra. Sra. de Gracia.

En Santa María tendrá lugar tan patética ceremonia á las nueve, siguiendo la misa conventual con ser-

mon que predicará D. Vicente Morell, beneficiado de la Colegial y predicador Cuadragesimal.

Hoy también empezarán los santos ejercicios de cuaresma, en Santa María á las cuatro y media, en San Nicolás y Ntra. Sra. de Gracia al toque de oraciones.

Jueves.—En las Capuchinas, Trisagio con exposición de S. D. M. á las cuatro de la tarde. Habrá sermón á cargo del ya citado D. Manuel Martínez.

Viernes.—En Santa María á las cuatro y media de la tarde, después del punto doctrinal, habrá sermón á cargo del predicador cuadragesimal ya dicho, terminando con el Miserere.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administración, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar las cantidades que adeudan por la suscripción á este periódico hasta fin de Diciembre último.

Nuestros lectores comprenderán la necesidad que tenemos de hacer una liquidación general para evitar entorpecimientos en la gestión administrativa, pues de otro modo los graves perjuicios que se nos irrogan por la falta de pagos, nos imposibilitaría continuar la publicación.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.